

Discurso leído por el Sr. D. Antonio Blázquez (de la Real Academia de la Historia) ante la Real Sociedad Geográfica, en la sesión necrológica dedicada por la misma á la memoria del Excmo. Sr. D. Eduardo Saavedra, el día 5 de Junio de 1912.

Saavedra, historiador.

SEÑORAS Y SEÑORES:

El sentimiento hondo y profundo que causó en todos nosotros la muerte del insigne historiador que durante más de medio siglo fué antorcha limpia y refulgente de la Ciencia y de las letras españolas, nos ha reunido aquí para mostrar que la memoria de los grandes hombres no perece, y que en vano la muerte corta el hilo de sus vidas, la losa los oculta á nuestros ojos y la tierra los envuelve y rodea, pues viven para las generaciones venideras en las obras que crearon; los tenemos presentes aquellos que nos honramos con su amistad y sus consejos en el corazón, y las generaciones venideras han de aprender en sus libros las grandes verdades que descubrieron; porque tienen aquéllos, que bien podemos llamar sabios y genios, la virtud de seguir contribuyendo espiritualmente al progreso de la humanidad por tiempo indefinido.

De sabio y de genio he calificado á D. Eduardo Saavedra, y no os extrañe; son dos destellos distintos de la inteligencia éstos, que no se excluyen ni se confunden: es sabio el que aprende, y genio el que crea; viene á ser la sabiduría como una facultad receptora, una capacidad científica que permite conocer, conservar y aun transmitir lo que los demás descubrieron ó crearon, cons-

tituyendo una potencialidad más bien pasiva, y es el genio la fuerza misteriosa de que disponen algunos seres, mediante la cual penetran en lo desconocido y en lo ignorado, y llegan más allá de donde llegaron los contemporáneos, no por la labor pacienzuda, coronada á veces por el hallazgo de un nuevo documento, sino por una fuerte inducción, por esfuerzo tan poderoso de su mente, que sólo á ellos les estaba reservado realizar.

Y estas dos cualidades, estas dos facultades, estas dos naturales disposiciones, mediante las cuales el hombre completa la verdad presente con la verdad futura, se ponderan y se armonizan sólo en privilegiados seres, pues por regla general, los que destacan por su espíritu sutil, su ingenio peregrino, su naturaleza artística y su inteligencia viva, lo hacen á expensas de otras cualidades que los inhabilitan para la Ciencia; fiados en sus propias fuerzas, capaces de prestarles inopinados recursos para la lucha en la vida y por la vida, miran con desdén el estudio que conduce á la sabiduría, y se dejan arrastrar por su imaginación y su capricho fuera del campo de la realidad; y quien educado solamente en la severa disciplina de la Ciencia, emplea los años de su vida en extender su cultura y en adquirir el saber, insensiblemente se ve dominado por el dogmatismo científico, se hace esclavo de la ciencia de los que precedieron, se liga con tan estrechos vínculos á los procedimientos y métodos de su época y se acostumbra de tal modo á ser guiado y conducido en el pensar por los que fueron sus maestros, que compenetrándose con ellos, como ellos piensa y como ellos siente, no encontrándose en su ciencia sino la síntesis de lo que otros escribieron, la adaptación de juicios ya formulados, la extensión de doctrinas conocidas, el empleo de procedimientos ya en uso, la difusión, en suma, de las obras de los sabios, de los genios ó de los artistas.

Por esto es para España más sensible la pérdida de D. Eduardo Saavedra, porque en él se reunieron tan diversas cualidades. Tuviera una sola de ellas, la sabiduría, hubiera hecho portentoso alarde de su vasta cultura histórica; la hubiera transmitido con toda la pureza y con toda la propiedad del habla castellana, que como otras muchas dominaba de un modo maravilloso, y Saave-

dra habría sido autor de innumerables obras en que se relatara la vida de las naciones, de los pueblos y de las razas, de las artes y de la industria, de la literatura y de la Ciencia, ya que para él nada había desconocido, y menos ignorado, y sus obras hubieran sido síntesis grandiosa de la historia, tal cual en su tiempo se estimaba y conocía; pero Saavedra recogía la sabiduría de los demás y meditaba sobre ella con espíritu libérrimo é independiente, la contrastaba y la medía, y sólo cuando su espíritu profundo y penetrante veía nuevos horizontes que los demás no vieron, cuando encontraba algo que era suyo propio, no ciencia prestada ni ciencia recogida, lo daba á conocer.

Aquellas dos cualidades de Saavedra destacan en sus obras de historia. No voy á daros noticias de sus trabajos, pues me lo veda, de un lado, el tiempo de que dispongo, que es muy breve, y de otro, vuestra cultura, que es muy grande y no necesita estímulos ni recordatorios. Voy sólo á justificar mis anteriores asertos, y para ello bastará que me refiera á tres de sus trabajos.

Fué el primero aquel en que dió á conocer sus aptitudes para el cultivo de la historia, estudio hermoso y perfecto acerca de la vía romana que iba de Uxama á Augustobriga, pasando por Numancia, ciudad discutida por todos y llevada por algunos hasta la actual Zamora, en atención á texto manuscrito del siglo x, en que se dice Numancia *id est* Zamora. Entonces Saavedra hizo un esfuerzo prodigioso de erudición y dió una soberbia muestra de su cultura, pues acumuló una tras otra todas las noticias consignadas en los autores de la época antigua, así griegos como romanos, traduciéndolos fielmente é interpretándolos con acierto; acudió al estudio del territorio, libro abierto á todas las inteligencias, pero que no todas saben interpretar, y allí, guiado por los vestigios borrosos á trechos, y á trechos desaparecidos, reconstruyó gráficamente toda la calzada de una longitud de 133 kilómetros. Yo me figuro á Saavedra en aquel entonces interrogando con su mirada escrutadora y penetrante montes, cerros y collados, barrancos y llanuras, ríos y arroyos, y veo cómo deduce por la blanquecina coloración de algunas tierras los lugares por donde fué el camino, pues si las injurias del tiempo y de los

hombres destruyeron su pavimento, la cal dejó en el suelo señales indelebles; le veo examinar los bordes de los ríos para darse cuenta de los lugares en que debieron establecerse los puentes y los badenes, las laderas descarnadas por la acción de las arroyadas que por el derretimiento de las nieves se producen en la elevada sierra de Madero, que remontaban atrevidas las legiones, y me imagino su satisfacción y su orgullo al robar á la Naturaleza el secreto de las cosas que fueron, satisfacción seguramente mayor, si cabe, que la lograda al obtener el premio concedido por la Academia, por lo mismo que la lucha y la victoria habían permanecido secretas en su corazón, y los grandes amores prefieren el silencio y la soledad al bullicio de las grandes solemnidades, y la sencillez del campo y la majestad del cielo á los lujos y severos salones académicos.

Por otra parte, acompañaba á su trabajo un plano detallado de la vía, construído en gran escala, con todos los adelantos y perfeccionamientos topográficos, y láminas y dibujos de monumentos é inscripciones, pudiendo afirmarse que ninguna otra vía ha sido estudiada de un modo tan acabado y completo como ésta en ninguna nación de Europa, y que en ella destaca la sabiduría del autor en cantidad considerable.

Respecto de su discurso de ingreso en la Academia de la Historia, he de manifestar que la numerosa tirada que de él se hizo quedó agotada al poco tiempo, y que los amantes y aficionados á estos estudios lamentan no poder adquirirlos. Tal es la maestría con que está desarrollado el *Estudio de las vías de comunicación españolas en tiempo de los romanos*.

Los datos, ora incompletos, ora contradictorios ó confusos que existían entonces, eran pequeño arsenal para la empresa; reconocer el territorio rastreando vestigios hubiera exigido muchos años, y era obra de gran cuantía para que un particular la realizara á sus expensas, y por tanto, podía juzgarse como empeño temerario el de trazar sobre el mapa las paradas, mutaciones ó mansiones donde descansaban de sus marchas los soldados romanos, que endurecidos á la fatiga, entrenados por un constante guerrear y cargados de un modo considerable por el peso de las

armas, realizaban jornadas cuyo relato parecía imposible. Pues bien; el nuevo académico emprendió aquéllo, que parecía un ideal irrealizable, y le dió fin con gran acierto, supliendo con sus dotes extraordinarias la deficiencia de los materiales; hizo una obra sólida con elementos deleznable, y es que el genio combina y coordina todo lo que le ródea, haciendo esclavos de su voluntad y de su inteligencia los elementos y los datos. Trabajo de interés, de enlace, de coordinación es éste, que bien merece los elogios más sinceros por su acierto.

La manera de concebir y de exponer de Saavedra, aparece más clara y con mayor relieve en su libro relativo á la *Invasión de los árabes en España*, en el que después de señalar la falta casi absoluta de documentos contemporáneos de la conquista sarracénica, y de decir que las crónicas posteriores están plagadas de fábulas, hipérboles, contradicciones y anacronismos, opina y afirma, con vigor y valentía, que si por tales motivos hubiésemos de cerrar la puerta al estudio de una época y arrojar con desprecio cuanto acerca de ella nos dicen los antiguos, vendrían á quedar en blanco muchas de las más importantes páginas de la Historia Universal. No estamos tan destituidos de medios de investigación que no nos sea posible formar concepto más ó menos claro de aquellos acontecimientos, y lo que hace falta es prescindir de las ideas comunes, analizar de nuevo las fuentes históricas y aprovechar las adquiridas recientemente.

Donde falta el hecho positivo y comprobado, debe llenar el hueco la conjetura racional, dejando á un lado entusiasmos patrióticos, armonías sistemáticas ú opiniones admitidas por autoridad constante; ha de ser desechado lo imposible ó contradictorio, pero buscando el sitio de donde lo haya arrancado la vulgar inadvertencia, y hasta de lo portentoso y extranatural conviene discurrir explicación satisfactoria, pues nada se cuenta ni se escribe que no tenga más ó menos remota raíz en lo verdadero; y de acuerdo con estas palabras presenta al lector un cuerpo histórico completo, en lo que cabe, dada la obscuridad de los tiempos, marcando lo cierto con sus demostraciones, ó lo probable con sus fundamentos, y resolviendo las contradicciones y las deficien-

cias con el empleo recto y mesurado de la razón, apartándose por completo de la práctica usual en estos tiempos, en que impera el servilismo ciego al principio de autoridad, abundan las disquisiciones de detalle, nimias y triviales, al par que enojosas por innecesarias, pues en la mayor parte de los casos ni afirman ni destruyen los juicios formulados, ni modifican los hechos históricos; se ven por doquiera palpitar exclusivismos de técnicos ó especialistas, que incapaces de producir nada nuevo, ni nada útil, rechazan todo lo que no encaja en sus cánones, y gran parte de los libros que se escriben son copias de otros, encubiertas cuando se trata de escritores poco conocidos, y recargadas de elogios, y con frecuencia de comentarios, si son de afamados autores; libros voluminosos que no contienen ni un solo dato, ni una consideración original, y de cuya erudición, al parecer extraordinaria, nada quedaría si cada autor de los copiados ó glossados reclamara la parte que le corresponde, quedando, cuando más, el estilo elevado y vivo y las imágenes brillantes, que sólo sirven para torcer el juicio del lector ó obligarle á perder un tiempo que fuera más útil emplear en asuntos de mayor interés y novedad para la historia.

Podrán señalarse en las obras del Sr. Saavedra errores insignificantes de los que no alteran el cuadro; pero quien como él ha hecho surgir del caos el orden y la claridad, quien expone de un modo racional y lógico los sucesos, quien con habilidad pasmosa establece concordancias cronológicas que destruyen incongruencias que nadie había acertado á explicar, quien encuentra las causas primordiales de los acontecimientos, es *creador* de historia, que es tanto como ser creador de la verdad, en cuanto la descubre y la da á conocer, y es *genio* que produce y engendra, y por tanto merece ser tenido por maestro de maestros, por historiador insigne y por hombre digno de la gloria.

Esto fué Saavedra.
